

NOTAS

Homenaje a Francisco Javier Cisneros

RESOLUCION

La Universidad Pontificia Bolivariana

Al cumplirse cincuenta años desde la muerte del doctor FRANCISCO JAVIER CISNEROS exalta el nombre del gran ingeniero cubano ante las juventudes del claustro y consagra su vida como noble ejemplo de trabajo, como insigne testimonio de esfuerzo y de estudio, como severo factor humano al servicio del progreso y de la técnica. Su memoria la conserva este claustro como genuina expresión de una suma de virtudes civiles y morales de noble alcurnia, como un acopio de inteligencia, de afán emprendedor, de tenacidad sin pausas y de admirable fervor. Quien forjó, en lucha brava con circunstancias adversas de toda índole, la arteria vial que ha plasmado la robustez económica de Antioquia y su posición alta en el panorama industrial de la patria, merece de las juventudes un recuerdo perenne y una devoción sin mengua. La Universidad Pontificia Bolivariana así lo espera y reconoce en esta fecha cincuentenaria del gran varón y eximio hombre de empresa.

PALESTINA

Por ALFONSO FRANCISCO RAMIREZ

Palestina "es un libro lleno de historias antiguas". Para la adecuada reso-

lución de su problemas, es indispensable conocer sus antecedentes históricos. Para ello nos servirán de guía la Biblia y los historiógrafos modernos.

En el Génesis (Capítulo XII) está escrito: "Y dijo el Señor a Abram: sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que yo te mostraré. Y yo te haré cabeza de una nación grande, y bendecirte he, y ensalzaré tu nombre, y tú serás bendito. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan, y en tí serán benditas las naciones de la tierra. Salió pues Abram como se lo había ordenado el Señor, y partió con él Lot: de setenta y cinco años era Abram cuando salió de Haren. Y llevó consigo a Sarai su mujer,

y a Lot hijo de su hermano, con cuánta hacienda y familia habían adquirido en Haren, y partieron para la tierra de Chanaan. Venidos a ella, atravesó Abram el país hasta el lugar de Sichem, hasta el famoso valle: el chananeo habitaba entonces aquella tierra. Y apareció el Señor a Abram y díjole: estas tierras le daré a tu descendencia. Y él edificó allí mismo un altar al Señor que se le había aparecido”.

Pero sobrevino hambre en aquella tierra, y Abram tuvo que bajar a Egipto para estarse allí como pasajero, y regresa pasado algún tiempo. El relato bíblico continúa así: “Salió pues Abram de Egipto, con su esposa y todo lo que tenía. Y Lot con él, tirando hacia la región meridional. Y estaba riquísimo en caudal de oro y plata. Y volviéndose por el camino, que había traído del mediodía hacia Bethél, hasta el lugar donde primero tuvo sentada su tienda entre Bethél y Hai. Pero también Lot que andaba en compañía de Abram, tenía rebaños de ovejas y ganados mayores, y cabañas o tiendas. No podían caber en aquel terreno, viviendo juntos: porque su hacienda era mucha, y no les era posible habitar en un mismo lugar”. Y a fin de evitar disputas, convinieron en dividirse las tierras, quedando Abram en la tierra de Chanaan. Y dijo el Señor a Abram, después que Lot se separó de él: “Alza tus ojos, y mira, desde el sitio en que ahora estás, hacia el norte y el mediodía, hacia el oriente y el poniente. Toda esta tierra, que ves, yo te daré a tí y a tu posteridad para siempre. Y multiplicaré tu descendencia como el polvo de la tierra: si hay hombre que pueda contar los granitos del polvo de la tierra, ése podrá contar tus descendientes. Levántate, y vé recorriendo ese país a lo largo y ancho: porque a tí he de dártelo”.

Para mejor comprensión de mis lectores, aclararé: Canaán, es el antiguo nombre de Palestina; Siquen, es hoy día Nablús; y Bethél, es hoy Beitín, situada a 16 kilómetros, al norte de Jerusalem.

Pasan tumultuosamente los años. Como Abram no había tenido hijos en Sarai, su mujer, tomó a su esclava egipcia llamada Agar, y en ella engendró a Ismael, padre de los árabes. Y prosigue el narrador mosaico: “Más después que hubo entrado en los noventa y nueve años, aparecióse el Señor y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso, camina como siervo fiel delante de mí, y sé perfecto. Y yo confirmaré mi alianza entre mí y entre tí, y te multiplicaré más y más en gran manera. Yo soy, y mi pacto será contigo, y vendrás a ser padre de muchas naciones. Ni de hoy más será tu nombre Abram: sino que serás llamado Abraham, porque te tengo destinado por padre de muchas naciones. Y te haré crecer hasta lo sumo, y te constituiré cabeza o estirpe de muchos pueblos, y reyes descenderán de tí. Y estableceré mi pacto entre mí y entre tí, y entre tu posteridad después de tí en la serie de sus generaciones, como alianza sempiterna: para ser yo el Dios tuyo, y de la posteridad tuya después de tí. A este fin te dará a tí y a tus descendientes la tierra en que estás ahora como peregrino, toda la tierra de Chanaan en posesión perpetua, y seré el Dios de ellos”.

En su vejez, Sarai tiene un hijo, al que Abraham puso por nombre Isaac. Creció pues el niño, y en el día en que fue destetado, celebróse un gran convite. Mas como viese Sarai que el hijo de Agar la egipcia se burlaba de su hijo Isaac, dijo a Abraham: hecha fuera a esta esclava, y a su hijo: que no ha de ser el hijo de una esclava heredero con mi hijo Isaac. Dura cosa pareció a Abraham esta demanda tratándose de un hijo suyo. Mas Dios le dijo: no te parezca cosa recia lo que se te ha propuesto acerca de ese muchacho, y de la madre esclava tuya; haz todo lo que Sara te dirá: porque Isaac es por cuya línea ha de permanecer el nombre de tu descendencia. Bien que aún al hijo de la esclava yo le haré padre de un pueblo grande, por ser sangre tuya. Levantóse pues Abraham de mañana, y co-

giendo pan y un odre de agua, púsolo sobre los hombros de Agar y le entregó su hijo y despidióla. La cual habiendo partido, andaba errante por el desierto de Bersabée.

Isaac tuvo dos gemelos: Esaú y Jacob. Al volver este último de casa de Laban, lucha misteriosamente con un Angel. "Como te llamas? le preguntó el Angel. El respondió: Jacob. No ha de ser tu nombre Jacob, dijo entonces el Angel, sino ISRAEL, porque si con el mismo Dios te has mostrado fuerte, cuanto más prevalecerás contra todos los hombres?".

Desde aquellos remotísimos días, en el "país de Canaán", posteriormente llamado Phillistae (en hebreo Peleschét), tierra de los filisteos, porque ese era primitivamente el nombre del litoral habitado por los filisteos, aunque en la época griega (Herodoto) pasó a todo lo que hoy es PALESTINA, principió a brillar la gloria de Israel. Y fue surgiendo una civilización espléndida, y una literatura sin par y una moral altísima. El culto depurado de Israel, exclama Renán, llegará a ser la religión del género humano. No se trata ya de un culto particular, se trata de un culto universal, del reinado de la justicia.

Y por los valles y las colinas palestineses pasa la magnificencia de los Patriarcas y la majestad de los Jueces y la austera grandeza de los Profetas. Brotan los salmos davidicos que iluminan a la humanidad de todos los tiempos y el libro de la Sabiduría en que Salomón condensa la experiencia de todos los siglos. El reino de Israel se divide en dos: Israel y Judá. Jerusalem continúa siendo la capital de Judá. El año noveno del reinado de Sedecias, Nabucodonosor le pone sitio. La defensa duró dieciocho meses, y fue verdaderamente heróica. El vencedor decretó la destrucción de la ciudad y del reino. La soldadesca caldea incendió el templo, el palacio del rey y las moradas particulares. Finalmente, escribe Giuseppe Rucciotti, demolieron las murallas y las fortificaciones de la ciudad. Con esto, la "ciudad de David", el orgullo de Israel, la morada de Yhavé, fue un cúmulo de escombros y de maderas carbonizadas, sobre las que pronto vagaron los zorros y los chacales. Y se llevó a término una segunda deportación general a Babilonia.

Después de largos años de cautividad, obtienen de Ciro el permiso para su repatriación. Tras la dominación persa, advienen los Procuradores romanos. Las legiones de Vespasiano y Tito destruyen el gran Templo, y la ciudad es desvastada. Pero el nacionalismo judío dice William J. Gibbons, se manifestó en frecuentes revueltas, hasta que el Emperador Adriano recurrió finalmente a medidas duras y represivas, transformando a Jerusalem en una provincia romana. Cuando Cosrões II, rey de los persas, invadió a Siria en el año 611, los judíos lo ayudaron y logró tomar a Jerusalem. El Emperador Héraclio reconquista el territorio, pero en el año 636 es tomado por Abu Bekr, sucesor de Mahoma. Palestina fue escenario de rivalidades entre los Califatos de Abbasid y Fatimid, hasta el año 1.072, en que Seljuk, jefe de los turcos, invadió el cercano oriente y se apoderó de Palestina. El desgobierno musulmán fue interrumpido en 1.400 por la invasión de Tamerlán. El país pasó a los turcos en 1.506, que continuó siendo, hasta la primera Guerra Mundial, una provincia del Imperio Otomano.

A pesar de tales vicisitudes, el judío de la diáspora continúa inexorablemente vinculado con su patria histórica, y contribuyendo con la flor de sus energías y sus talentos al florecimiento de las naciones que le dan albergue; sigue con la mirada fija en la Sión de sus antepasados. Qué sentido, clama André Spire, podía tener una patria judía que no fuera Palestina para esos judíos del "galouth", de los países del exilio, cuyos padres, desde hacía mil ochocientos años, en las fiestas del Kippour, pedían a Dios que reconstruyera su santuario destruido y que, la tarde de Rosh Haschama, el nuevo año judío, se separaban deseándole "el pró-

ximo año en Jerusalem. No piensa en una emigración, ni menos en una colonización, sino en el retorno al hogar de sus mayores. Los judíos que van a Palestina no son extranjeros ni menos invasores, sino descendientes de aquellos que antes de la llegada de los árabes, tenían allí su única y antigua patria.

La Comisión Real de Lord Peel, en el informe rendido en 1.937, tras de hacer una reseña de los doce siglos de historia judía en Palestina, declara: "La historia de la Palestina judía, se ha desarrollado en su mayor parte en un país del tamaño, aproximadamente, de Gales; pero constituye uno de los grandes capítulos de la historia de la humanidad. El regalo del hebraísmo de la antigua Palestina al mundo moderno, está a la altura de los dones de Grecia y Roma antigua. Mas aún, los cristianos no pueden olvidar que Jesús fue un judío que vivió en el suelo judío y fundó su Evangelio sobre las bases de vida y de pensamiento judío. Por contraste, en los siglos que han pasado desde la conquista árabe, Palestina cayó virtualmente fuera de la historia".

De ahí que el mandato de Palestina, ratificado en 1.922 por todos los Estados miembros de la Liga de las Naciones, reconociera expresamente "la conexión histórica del pueblo judío con Palestina, y las bases para la reconstrucción de su Hogar Nacional en aquel país".

En aquel entonces, comenta un internacionalista, los pueblos árabes —al igual que los judíos— estaban privados, desde hacía muchos siglos, de libertad e independencia nacional. Sus aspiraciones recibieron, sin embargo, una satisfacción sin precedentes: se les dio y son ahora dueños de siete inmensos estados deshabitados. Sin tomar en cuenta los vastos países de Egipto y Africa del norte, la nación árabe tiene a su disposición muchos estados nacionales independientes (Arabia Saudita, Yemen, Irak, Siria, Líbano, Transjordania y prácticamente, toda la Península Arábiga) cubriendo una superficie de 1.288.954 millas cuadradas, para una población apenas superior a los 14.000.000. Con su área de unas 10.000 millas cuadradas, Palestina no representa ni el uno por ciento de la superficie de que disfruta el pueblo árabe, con plena soberanía para su autodesenvolvimiento nacional. Fue en este pequeño y tan abandonado país donde los judíos, un antiguo y desamparado pueblo sin territorio propio, obtuvieron la oportunidad de construir su Hogar Nacional.

Hace treinta años, los árabes estaban sujetos a la soberanía de un gobierno extranjero: los turcos. Gracias al triunfo de los aliados, su área de independencia se extiende hoy desde los Montes Tauros hasta el golfo de Adén, y desde el golfo Pérsico hasta el oeste del Mediterraneo. La existencia de una Palestina judía no puede amenazar su existencia ni su libertad, y en cambio resultarán grandemente beneficiados con los adelantos de la técnica y de la economía que los judíos van introduciendo en el Medio Oriente, no sólo en su particular provecho, sino de las masas circunvecinas.

Por todo ello, la decisión de las Naciones Unidas de establecer en Palestina dos estados independientes: uno judío y uno árabe; colocar a Jerusalem bajo un gobierno internacional y mantener la unidad de conjunto de Palestina uniendo los tres sectores en una Unión Económica, debe prevalecer en homenaje a la justicia, por decoro internacional y como la única solución, por ahora, de asegurar la paz.

Bueno es recordar, por su indiscutible autoridad moral, la respuesta que el Pontífice Benedicto XV, dio al líder sionista Nahum Sokolov, en la audiencia que le concedió para que le presentara el proyecto del Hogar Nacional: "Si se respetan los intereses católicos, dijo, y en particular los Santos Lugares, no nos opondríamos al restablecimiento de los judíos en Palestina".